

## Los amos de la extinción

Rodrigo Torres Quezada

Universidad de Chile

rodrigo.torresq28@gmail.com

Llevamos tres días de búsqueda y todavía no encontramos al último de los coyotes. Mis compañeros y compañeras aún no pierden las esperanzas de hallar con prontitud a la bestia. Somos un grupo de doce personas. Nuestra misión es liquidar a ese animal, tal como lo hicimos con los demás. Somos el brazo armado de la extinción.

—Sobre esa colina una vez vivió un hombre —nos dice Pablo Winston, mientras bebe vodka.

Nadie le contesta. En cada rincón que recorremos una vez existió alguien.

—Ese hombre nos contaba historias acerca de sus abuelos —prosigue— y todo lo hablaba de una forma tan cautivante que tú no querías despegarte de su lado. Él tenía un don.

—¿Qué pasó con el hombre? —pregunta Michelle.

Su pregunta suena de mal gusto. ¿Acaso no sabemos todos en el embrollo en el que nos metimos como especie? Pero ella lo ha preguntado porque, después de todo, no ha perdido la costumbre de tener una conversación.

Pablo lanza la botella de vodka como si con esta fuese a dañar aquella colina que está a una distancia considerable. De ella pareciera salir un humo. Esto podría deberse a que la Tierra esté expulsando gases como loca. Ha tragado nuestros meados y cagadas. Quizás tenga indigestión.

—El viejo tenía un huerto —dice él—. Un grupo de hambrientos entró a su hogar para robarle sus cultivos.

—Ya veo —contesta Roberto, quien está haciendo inventario de sus municiones.

—Le mataron —sigue relatando Pablo—. Podrían haberlo dejado con vida, pero era gordo y había que sobrevivir... Su carne sabía bien.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Michelle.

—Yo estaba ahí.

El grupo avanza por un valle en el cual abunda el pasto seco. La hierba al vernos pasar reclama nuestro aliento de vida y se aferra a piernas y pies. Pero las pisamos sin remordimientos, pues nuestras botas son las juezas en este suelo desolado. Philippe ha encontrado una flor. Con rabia la pisotea hasta hacerla añicos. De sus ojos brotan lágrimas. Nadie le dice nada. Ya estamos acostumbrados a esas escenas de desesperación. Es lo que nos tocó. A veces siento que quizás no somos tan fuertes y fríos como creen los gobiernos que nos financian. Hasta las bestias a las que extinguimos son más fuertes. Sin estas armas no somos nada. ¿Y con ellas? Tampoco somos mucho que digamos. Daysi toma uno de los banderines de su carcaj y lo entierra con dificultad en un sitio donde una vez cruzó un río. El suelo conserva algo de humedad, pero tan sólo en su capa externa.

—¡Nombro este lugar como El valle del último río! —exclama ante todos.

Ella es la encargada de nombrar las tierras que se van redescubriendo. Todo ha cambiado tanto que se ha hecho necesario dar un nuevo nombre a los lugares, los países, e incluso a las estrellas.

—Yo le habría puesto El valle del silencio —dice Pablo Winston.

Observamos con sorpresa. Ha sido algo poético que no esperábamos saliese de su boca. A mí me gusta el silencio, aunque en estos días se ha vuelto una plaga.

Según nuestros superiores, esta es la tierra del coyote, un imperio en el que se ha erigido como el señor y amo del último estertor. Y debemos encontrarlo.

—¡Miren esto! —exclama Alfredo.

Está frente a un árbol con frutos parecidos a las manzanas. Se les llama “alorios”. Fueron un experimento científico. Son árboles hechos con la finalidad de alimentar a las tropas en guerra, a modo de postas para descansar del sol y calmar el hambre. Su duración es de seis meses. Luego mueren dejando un polvo amarillento. Nunca he querido averiguar cuál es su real composición. Nos sentamos alrededor y devoramos los frutos, desesperados. Del cielo se escuchan sonidos extraños. Según nos han dicho nuestros superiores, se trata de los ecos de las distintas batallas que han ido rebotando a través de los años.

—¿A qué guerra pertenecerá ese sonido? —pregunta ensimismado Richard. Es el único que se relaja escuchándolos. Nos ha contado que su vida fue tan miserable y violenta que hasta esos sonidos molestos le servían como una vía de escape para cerrar los ojos y “soñar”.

—Es increíble todo esto —digo apoyado en el tronco del árbol. Los sonidos en el cielo siguen como trompetas que anuncian algo indefinido.

—¿Qué cosa? —pregunta Michelle. A ella le gusta conversar y oír. Nadie creería que es tan buena psicóloga al verla usando su fusil.

—Lo que estamos haciendo —respondo—. Ya que no queda mucha gente a quien matar, debemos ahora emprenderla contra las bestias.

Nadie responde. Me levanto, voy a cagar detrás de una roca.

—Si no reflexionamos antes, ya no vale la pena hacerlo ahora —volteo hacia atrás. Es Pablo Winston. Hoy, definitivamente, está extraño—. Tenemos trabajo y ayudamos al mundo. Quédate con eso.

Mientras defeco pienso en las vidas que hubiésemos llevado cada uno de nosotros, si el mundo no se hubiera sumido en la debacle. No sé cuándo comenzó esta: si desde el momento en que los alimentos y el agua escasearon por acaparamiento de unos pocos o desde el instante en que el ser humano apareció como especie. Quizás Pablo tiene razón. No sirve de nada reflexionar. Pero no puedo dejar de hacerlo. Es parte de mi naturaleza.

La noche ha llegado y con ella contemplamos la belleza del cosmos. Una estrella fugaz se atreve a pasar por entremedio de luces distantes que parecieran

mirarle curiosas. Hoy, como tantas otras veces, pienso que hubiese sido mejor vivir flotando entre asteroides y galaxias, que vivir aquí, pisando este suelo. Michelle se arrima a mí y me abraza. Respondo a ello brindándole el poco calor que pueda haber en mí. Beso su mejilla y sin dilatar más la situación, hurgo en su boca. Es tan fría. Su lengua es áspera, siento como si lamiera una piedra. Hemos perdido la capacidad de amar, a tal punto que los órganos que más nos entregaban placer yacen atrofiados, metáfora propia de estos tiempos. Pero no importa. Hacemos el amor como sea. De pronto me hace a un lado con rostro compungido.

—Tengo hambre —dice.

Buscando algunos insectos para devorar, nos encontramos con Richard. Observa con asombro un sapo que ha salido de la nada. Ante condiciones tan inhóspitas es un milagro que esté aquí. Lo toco. Al animal parece no importarle nuestra presencia. Siento lástima por él, por su instintiva ingenuidad. Debiese huir, escabullirse, pero sigue ahí cual pequeña mascota ansiosa de cariño. Llega a nuestro lado Joaquín Mardoñez. De él podría decirse que es quien dirige al grupo, aunque a decir verdad sus órdenes sólo se reducen a: Dispara. Richard le observa con el rostro de un niño que implora piedad.

—¿Tengo que hacerlo? —pregunta Richard al borde del llanto.

—Sí —responde Joaquín.

—Pero, ¿por qué?... Es tan pequeño... Tan insignificante.

—Es un enemigo. Así que, si no lo haces tú, lo haré yo —dice Joaquín.

Richard toma su revólver y lo apunta al animal. El sapo croa. Es quizás uno de los cantos más hermosos que he podido escuchar de un anfibio. Richard desiste y guarda su arma.

—Tú conoces lo que el reglamento especifica acerca de los cobardes —dice Joaquín con su frialdad acostumbrada.

El grupo entero rodea la escena. Joaquín espera a que Richard haga algo, pero sigue ahí, en el suelo, ahora cubriendo con su cuerpo al animal. Entonces Joaquín procede con el reglamento y da un disparo en la cabeza de Richard. Este cae sobre el animal y le aplasta. Nadie dice nada. Sabemos que Joaquín ha actuado según el reglamento. Aunque en estos días es bastante ridículo aferrarse a algo. Mucho menos a una serie de normas hechas para acatarse en un ambiente hostil, donde el caos se respira hasta por los ojos. Michelle me abraza y acerca sus labios a mi oído.

—Hoy comeremos bien —me dice en un tono frágil. La abrazo.

Joaquín nos hace un gesto. Sacamos nuestras cuchillas y procedemos a despedazar el cuerpo de Richard. Esto también está en el reglamento. Y no lo discuto. Luego hacemos fuego y comemos.

Van cinco días y no encontramos al coyote. Hay veces en las que me ha parecido escuchar su aullido monocorde y sugerente. No soy el único. Sin embargo, puede tratarse de bestias de otras especies. Si es así, tendremos más trabajo. Y así debe ser. Tenemos una guerra contra los demás seres vivos. Tenemos una guerra contra la vida.

Pablo nos llama a gritos. Avanzamos tropezando con las piedras para llegar hasta el promontorio donde se encuentra. Alarga un brazo e indica una luz roja, potente, que se yergue tras unas montañas. Colas de humaredas se entrelazan como serpientes luchando para ahorcarse.

—¿No es esa la ciudad? —pregunta Pablo.

—Así parece —dice Valeria. Todos la observamos preocupados. Ella es la única del grupo que aún conserva a su familia. Esta vive en la ciudad.

Un helicóptero sobrevuela la zona. No sabemos si está ayudando a apagar las llamas o las está provocando. El helicóptero ha caído. Se produce una explosión. Ahora las humaredas son más oscuras. Valeria toma su fusil, abre la boca y se vuela la cabeza. Joaquín vuelve a realizar el gesto.

—¿Alguna vez pensaste que llegarías a esto? —le pregunto a Pablo.

—Siempre —me contesta.

—¿Nunca te gustaron los animales?

—Nunca.

—Pero...

—¡Entiende! —exclama—. Yo era de esos que no respetaba a ningún bicho.

Observo el paisaje: una roca está ladeada, a punto de derrumbarse sobre un pastizal agónico. El sol entrega sus rayos como si lanzara dagas, alimentando la degradación del mundo. Ni siquiera el que se suponía era el dios de la vida está de nuestro lado. Se escucha un disparo. Corremos y nos hallamos a Michelle frente al cuerpo de una liebre. Joaquín saca de su bolso de municiones una piocha y la coloca en el pecho de Michelle. Mientras más grandes las bestias que se matan, más importantes son las condecoraciones con las que nos premian para hacernos sentir valiosos. Aunque ya sabemos que cumplamos o no la misión, la situación no cambiará del todo.

Este trabajo siempre depara cosas extraordinarias. Cada día comprendo que, a pesar de la muerte que arrasa, de la que de cierta forma somos agentes, la vida se asoma. Hemos encontrado en pleno camino, asfixiado de luz, a un hombre que se arrastra. Balbucea palabras incoherentes. Philippe va a darle agua de su cantimplora. Michelle le detiene.

—No desperdicies lo que puede mantenerte con vida —dice.

Joaquín le da una patada al hombre. Tantea sus carnes. Con las manos recorre su cuerpo. Se lleva las manos a la cabeza.

—Está muy flaco.

Pablo toma su fusil y lo apunta a la cabeza del hombre.

—¡No! —exclama Joaquín—. Está enfermo. Su carne hiede, no nos pertenece.

Entonces dejamos que siga arrastrándose. De tanto en tanto observa el cielo. Pareciera hablar con alguien. Me pregunto si se dirige hacia algún lugar en específico.

La tarde dibuja formas naranjas en el horizonte. Es extraño encontrarse con cuadros de este tipo de belleza mientras tú sientes que vas desapareciendo. Me vienen recuerdos de la infancia, momentos sagrados llenos de alegría. Había algo en los colores de antaño, algo que por más que busque ahora, no puedo hallar.

Llegamos a unas ruinas, posiblemente pertenecientes a algún poblado o a alguna tribu arruinada por una de las guerras. Caminamos entre los escombros y encontramos todo tipo de símbolos y dibujos en los postes y construcciones. En un bajorrelieve distingo el nacimiento de un huevo. De este sale un hombre. Este construye una cueva, luego una casa, después un edificio, finalmente un enorme hoyo aparece en su pecho y se agranda hasta consumirlo. De forma extraña, produciéndome escalofríos, el bajorrelieve acaba con una imagen muy parecida a como nos encontramos: unos hombres observan las ruinas de una ciudad. Los últimos rayos de sol pasan elegantes sobre el pueblo en desgracia, iluminando estratégicamente mosaicos que se mantienen en pie. Estos están hechos con vidrios de colores y adornados con moluscos fósiles y trilobites.

—¿Qué tipo de gente vivió ahí? —pregunto.

—Da lo mismo —dice Pablo—. Como sea, desaparecieron.

Hay chatarra que parece fosilizada, unida a la tierra como si fuesen una sola cosa. Son los vestigios de que aquí hubo algo. ¿Civilización? ¿Cultura? Dudo que estos pedazos de historia nos ayuden a reconstruir lo que quizás jamás existió.

—¿Qué les parece? —pregunta Pablo Winston con un vozarrón para hacerse escuchar.

Está frente a uno de los pilares. En él hay trazos rojos que pareciesen ser sangre seca pero en realidad corresponden a pintura ocre. Alrededor de esta hay marcas de garras.

—Debe ser el coyote —dice Michelle.

Escuchamos un ruido. Una mezcla entre un aullido apagado y un grito. Debe ser la bestia. Las autoridades demandan su cuerpo para demostrar que están haciendo bien su trabajo. Estamos haciendo un bien social después de todo. Me pregunto si habrá sido el coyote el que dio fin a este poblado. ¿Acaso esta bestia fue capaz de extinguir a un grupo humano? En ese caso nuestros superiores tendrían razón cuando dicen O son ellos o somos nosotros. Daysi echa mano a otro banderín de su carcaj y lo entierra junto a un pilar.

—¡Nombro este lugar como El pueblo de los enigmas! —exclama.

Seguimos hurgando entre los restos del poblado. Echamos de menos encontrar huesos o algún indicio de que alguna vez aquí hubo algo parecido a la vida. Pero los huesos tampoco duran para siempre.

—Miren qué tenemos aquí —dice Joaquín.

Tras unas ruinas se esconde una cueva. Entre todos descubrimos la entrada haciendo a un lado escombros por escombros. Es una tarea ardua. Nos lleva unas horas. La entrada está libre. Ingresamos. Daysi enciende una linterna. Alrededor, en los muros, hay cientos de graffitis. Algunas son palabras con estilos distorsionados, otros son dibujos con spray e incluso hay mensajes de amor. Es como si cada persona que estuvo aquí dentro hubiese colocado su impronta. En el suelo hay chamizos y troncos, con ellos hacemos una fogata. Al haber luz, contemplamos la profundidad de la cueva que, a medida que se aleja, se convierte en un pozo. En el suelo hay rastros de cenizas. Aquí ha habido decenas de fogatas. O cientos. O miles. Joaquín toma una piedra y con ella traza unas líneas en la pared. Se confunden con las letras de los graffitis anteriores.

—¿Cuántas capas de graffitis tendrán estos muros? —pregunta Roberto.

Nos sentamos alrededor de la fogata.

—Son ellos o nosotros —dice Pablo leyendo un cuadernillo que ha sacado de su morral— Deberás servir. Deberás matar. Deberás sobrevivir.

Es parte del decálogo que han confeccionado los gobernantes para nuestro grupo, con el fin que tengamos clara la misión. Cuando todo escaseó (o eso nos hicieron creer) las bestias salvajes se convirtieron en nuestras más grandes competidoras por los recursos alimenticios. Debíamos eliminarlas. Aunque, a decir verdad, nuestra tarea ya estaba bastante adelantada. Y bueno, aquí estamos. Buscando al enemigo.

Me pregunto si acaso no seremos los últimos seres humanos con vida. ¿Quién sabe si aún existen las autoridades que nos enviaron? ¿Están aún con vida las pocas personas que sobrevivieron a las guerras? ¿Vale la pena realizar esta misión sin siquiera saber qué está sucediendo alrededor del mundo? ¿Y si es así? Y si todo ha

quedado bajo escombros, ¿podremos reconstruirlo? ¿Se podrá o es que quizás todo tiene una fecha de caducidad inclusive, aunque hayamos alcanzado el cenit de la evolución? Escuchamos un ruido. Hay algo en la entrada. Ya es noche y nuestra fogata no ilumina bien. Ese algo se aproxima. Resuella.

—¡Debe ser el coyote! —exclama Pablo.

Entonces tomamos nuestras armas y disparamos sin pensar en si nos quedarán municiones. El olor a pólvora se apodera de la cueva. De pronto, el resuello vuelve. Pero no es sólo un animal. Son varios. ¿Había más coyotes sobrevivientes? ¿Cómo es eso posible? Michelle se adelanta, me observa con los ojos presos del pavor. La sigo, pero ella me detiene. Michelle va con su linterna encendida. Esta se apaga. Michelle se pierde bajo la oscuridad. Grita. Da un estertor. Decenas de chillidos se apoderan de la cueva. El grupo vuelve a ocupar la artillería, pero las bestias avanzan y rompen sus cuerpos. Un viento apaga la fogata. Comprendo que esta vez las armas no tienen la solución y huyo hacia el fondo de la cueva. Caigo aparatosamente y ruedo hasta darme de sopetón en un sitio húmedo. Me siento mareado. Entonces cierro los ojos.

Al despertar veo una luz que se hace más grande a medida que avanzo por un sendero húmedo. Diviso enredaderas, árboles, plantas, exhuberancia. Corro hacia aquella salida. Doy un paso afuera. Me detengo. No lo creo. Un grupo de bestias me rodea. Es como si me hubiesen esperado desde siempre. Un mastodonte, un gliptodonte y un dinosaurio se destacan de entre todos. Un antropoide, quizás un australopithecus, o quién sabe qué especie, se adelanta.

—¡Bienvenido! —exclama.

Estoy nervioso, confundido. Me golpeo la cabeza con una mano. Quiero despertar.

—¡Debo irme! —grito.

El cara de simio observa a todos. Es increíble, estas bestias parecieran entender la situación. El cara de simio sonrío. Sí, sonrío.

—Quédate con nosotros —dice.

Me doy la vuelta para retornar. Pero la cueva ya no está. Entonces comprendo. Esto es lo que debía ocurrir. Y ni yo, ni mi grupo lo íbamos a impedir. El cara de mono me extiende una mano. Yo le paso la mía. Y la aferra.